

# SAN IGNACIO, APOSTOL DE LA CONVERSACION ESPIRITUAL

“¡Cuán preciosos —exclama San Pablo repitiendo las palabras de Isaías— los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien!” (Rom. 10, 15).

¡Qué preciosos consiguientemente todos los medios que, aunque de suyo modestos, pueden de alguna manera servir al apóstol para realizar su divina misión! Actividad bien llana y bien modesta es la simple conversación. Sin embargo, ¡cuántas batallas han ganado los santos, cuántas almas han conquistado para Jesucristo, por este medio tan humilde!

La palabra, hablada o escrita, es nuestra principal mensajera intermental. Ella nos trae constantemente los mensajes que nos envían nuestros prójimos; siempre presta y servicial, ella se encarga de llevar a nuestros prójimos nuestros propios mensajes. La palabra es el puente que, tendido entre las almas, las acerca y las pone en contacto. Por la palabra influimos frecuentemente en nuestros prójimos; por la palabra recibimos a cada paso influencias ajenas. Este influjo mutuo puede ser de signo adverso: positivo o negativo, provechoso o nocivo; pero nunca es completamente desatendible; antes debe ser objeto de una constante vigilancia, exactamente como la aduana, por la que tanto bien y tanto mal se puede filtrar.

Los santos poseen un poder taumático para purificar, dignificar e impregnar con fragancias de santidad las palabras humanas. No esperaron los santos ni se aprovecharon exclusivamente de las ocasiones solemnes, de los

momentos excepcionalmente favorables, para llevar adelante su glorioso ideal de la gloria de Dios y salvación de las almas; urgidos por una santa impaciencia, se valieron de todas las ocasiones y de todos los medios conducentes, aunque humildes y secundarios; también de la conversación. Cuando no podían segar, espigaban.

En lo cual no hicieron sino imitar el ejemplo de Jesucristo y de los Apóstoles. Pero en esta ocasión es preciso vencer la tentación de tejer la historia de la conversación espiritual, para referirnos a una sola de sus páginas brillantes. Baste recordar previamente que la conversación espiritual es una forma de apostolado asequible a todos los que poseen luz y espíritu; aplicable en incontables ocasiones; perfectamente adaptable a las diversas personas y a sus cambiantes disposiciones y circunstancias; es un ingrediente sutil e imponderable, pero muy eficiente, en la constitución del clima espiritual en el que viven las almas; es finalmente un apostolado muy poco expuesto al comején de la vanagloria. No todos poseen talentos y títulos, no a todos se les ofrece ocasión oportuna para escalar la cátedra o el púlpito; ni para mezclar en la masa del gran público, acondicionada en libros enjundiosos, la levadura evangélica. En cambio todos podemos, más aún, debemos difundir en nuestras palabras la luz, las esencias y el espíritu cristiano. “Vosotros sois la luz del mundo” (Mt. 5, 14). “Somos, bajo la acción de Dios, buen olor de Cristo” (2 Cor. 2, 15).

San Ignacio de Loyola fué un gran apóstol de la conversación; y esto en dos sentidos: porque la utilizó él mismo ampliamente en su fecundísimo apostolado, y porque la recomendó encarecidamente a sus hijos y a cuantos en alguna manera comparten las tareas apostólicas.

Inmediatamente después de su conversión, aparece Ignacio tan decidido y consagrado al servicio de Dios, tan lleno de fervor y espíritu; que el sagrado fuego se desborda y comunica por todas sus palabras. Y como por entonces su falta de estudios y su condición de seglar, le impedían la predicación propiamente dicha, su celo apostólico se orienta hacia la conversación espiritual, y hacia la dirección de diversas personas en la práctica de los ejercicios espirituales, que venía a ser una manera de conversación espiritual especialmente orientada.

El mismo santo, en su autobiografía

nos refiere que durante su permanencia en Manresa (año 1522-23) "conversaba... algunas veces con personas espirituales, las cuales le tenían crédito y deseaban conversarle; porque aunque no tenía conocimiento de cosas espirituales (no había cursado aún los estudios eclesiásticos), todavía en su hablar mostraba mucho hervor y mucha voluntad de ir adelante en el servicio de Dios" (Autobiografía de San Ignacio n. 21; Obras completas de San Ignacio, BAC - Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1952, p. 44).

Y el P. Láinez en carta al P. Polanco escribe:

"Hizo allí, en Manresa, provecho a muchas almas, que notablemente se ayudaron y hicieron mudanza y mortificaciones, y vinieron a gran conocimiento y gusto de las cosas del Señor. Daba también meditaciones o ejercicios espirituales, en lo cual tenía especial gracia y eficacia, y don de discreción de espíritus, de ayudar y guiar una ánima, así tentada como visitada del Señor". (Fontes narrativi de Sto. Ignacio I, 80-84).

En su viaje a Tierra Santa (a. 1523), llegado a Venecia donde había de embarcarse, "un día le topó un hombre rico español... lo llevó a comer a su casa, y después lo tuvo algunos días hasta que se preparó la partida. Tenía el Peregrino (Ignacio) ya desde Manresa esta costumbre, que cuando comía con algunos, nunca hablaba en la mesa sino responder brevemente, mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y acabada la comida, lo hacía. Y esta fué la causa porque el hombre de bien con toda su casa se aficionaron a él, que le quisieron tener y esforzaron a estar en ella" (Autobiografía n. 42).

A su regreso de Tierra Santa (a. 1524) se establece en Barcelona, alojado caritativamente en casa de la familia de Inés Pascual, dispuesto a comenzar sus estudios. "Durante todo el tiempo que estuvo en mi casa —testificaba Juan Pascual en los Procesos de Beatificación— cada noche me hablaba mil cosas de Nuestro Señor, del desprecio del mundo y de sus bienes y de la estima de los verdaderos del Cielo. Aconsejábame la frecuencia de los sacramentos, el amor y veneración a la ley de Dios y a la voluntad de mi madre..." (Scripta de San Ignacio II, 89).

El año 1526 pasa a la universidad de Alcalá para continuar sus estudios. Consta por el Proceso de Alcalá que en el hospital de Antenaza donde se

hospedaba "personas de todas clases le visitaban en su celda... o le escuchaban en el patio del mismo hospital". El les hablaba "enseñándoles los mandamientos y explicándoles los pecados mortales y los cinco sentidos y potencias del alma; y lo declara muy bien... con los evangelios y con San Pablo y otros santos; y dice que hagan examen de su conciencia dos veces cada día, trayendo a la memoria en lo que han pecado..., y les aconseja que se confiesen de ocho en ocho días, y reciban el Sacramento en el mismo tiempo". (Scripta de S. I. II, 609).

Por el precedente compendio de materias se ve que les proponía, acomodándola al auditorio, la primera semana de los ejercicios. En este como en otros pasajes, la conversación espiritual y la exposición de los ejercicios se complementan y hermanan tan íntimamente, que sería difícil trazar entre ellos la línea divisoria.

Cuando en Alcalá, por la sola razón de no haber estudiado Teología, se le prohíbe continuar practicando el apostolado, Ignacio pasa a Salamanca, con el propósito de continuarlo juntamente con los estudios. Pero a su apostolado sigue inexorablemente la sombra negra de la persecución. Pronto se ve sometido a un interrogatorio: él consigna en su Autobiografía, n. 65: "Pues luego ¿qué es lo que predicáis? —Nosotros —dice el Peregrino— no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios, como después de comer con algunas personas que nos llaman... Hablamos cuándo de una virtud, cuándo de otra y esto alabando; cuándo de un vicio, cuando de otro, y reprendiendo".

Se comprende, pues, la admiración de las gentes que refiere San Ignacio en carta (n. 25) al rey Juan III de Portugal: "se maravillaban —dice— que yo, no teniendo letras, hablase y conversase tan largo en cosas espirituales". Esta extrañeza, perfectamente explicable en el ambiente espiritual de aquel tiempo, cruzado por ráfagas de tempestad, ocasionó los celos, las pesquisas sobre el singular apóstol, y las contrariedades que el santo tuvo que sufrir, y que sobrellevó con admirable resignación, paz y alegría cristianas.

Llegado a París el 2 de febrero del 1528, durante el curso, para dedicarse más plenamente a los estudios, acortaba un tanto sus penitencias y ministerios apostólicos. Durante las vacaciones intensificaba de nuevo su apostolado, arrojando la consecuencia obli-

gada de las persecuciones. "Empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales, y daba casi a un tiempo ejercicios a tres... Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo cuanto tenían a los pobres, aun los libros, y empezaron a pedir limosna en París..." (Autob. n. 77).

Hemos recogido algunos de los ejemplos que nos dió el Santo en los primeros años después de su conversión; ejemplos semejantes y aun más notables, como manifestación de una santidad más madura, florecen profusamente en sus años posteriores. Nos contentaremos, para abreviar, con algunas de las interesantes observaciones que sobre este punto escribe el P. L. González de la Cámara en su Memorial:

"Acordarme he del modo de tratar las cosas de nuestro padre: 1º, que nunca persuade con efectos, sino con cosas; 2º, que las cosas no las orna con palabras, sino con las mismas cosas, con contar tantas circunstancias y tan eficaces, que casi por fuerza persuaden; 3º, que su narración es simple, clara y distinta. Y tiene tanta memoria de las cosas, y aun de las palabras importantes, que una cosa que pasó, la cuenta diez, quince y más veces del todo como pasó, que la pone delante de los ojos; y plática larga sobre cosas de importancia, la cuenta palabra por palabra".

"Guardaba circunspección en tratar con todos, de manera que, aunque tuviesen alguna flaqueza, no se sintiesen nada de sus palabras y modo de conversar. Se acomodaba a los afectos y carácter de los súbditos, y esto aun en cosas muy menudas..."

"Nuestro padre dijo una vez pocos días ha, que quien media su amor con lo que él mostraba, que se engaña mucho, y lo mismo en el desamor o mal tratamiento. Verdaderamente se puede decir del padre que trata a los débiles con espíritu de dulzura, etc., y que a los ya recios les da a comer pan duro y pasto de varones".

"Acordarme he de los particulares en esto, de cómo trata cada uno de los que son muy buenos y de quien mucho fia, con circunspección de no ofenderlos, si ya no tiene mucha experiencia que son de los que tan alegremente toman lo uno como lo otro; y así el Padre, cuando comienza a conversar con uno, va primero dándole todo, y hablándole de manera que, aunque fuese muy imperfecto, no se podría escandalizar; después que lo va conociendo, y él mismo va cobrando fuerzas, vale el Padre quitando poco a poco de modo que, sin sentirse nin-

guna violencia, le muda todo el juego; v. gr.: viene un doctor a la Compañía, como podría ser el P. Olave, y nuestro Padre, primero le llama señor doctor, y vuestra merced; después le quita uno de ellos; después le deja con el doctor solo; después con el nombre seco..."

"En la mesa nuestro Padre oía más que hablaba;... no era nada pesado y tético, sino que tenía la alegría y afabilidad religiosa muy ordenada, no menos que la gravedad y prudencia de que estaba dotado; y así, sin menoscabo de ninguna de estas virtudes, hacía a veces fiesta de lo que los otros modesta y graciosamente decían o hacían".

"El modo de hablar del Padre es todo de cosas, con muy pocas palabras, y sin ninguna reflexión (subjéctiva) sobre las cosas, sino con sencilla narración; y de esta manera deja a los que oyen que ellos hagan la reflexión y saquen las conclusiones de las premisas; y con esto persuade admirablemente, sin mostrar ninguna inclinación a una parte ni a otra, sino simplemente narrando. Lo que pone de artificio es que los puntos esenciales que pueden persuadir, todos los toca, y otros que no hacen al caso deja, según parece necesario. Y en el modo de conversar ha recibido tantos dones de Dios, que difícilmente se pueden escribir" (Memorial, Madrid 1921, pp. 60, 62, 64, 119, 138 s.).

Concuera plenamente el juicio compendioso del P. Ribadeneira: "Era increíble la circunspección que nuestro bienaventurado Padre tenía en el hablar, y así deseaba que los de la Compañía fuesen muy mirados, no usando de palabras livianas, desconcertadas, de murmuración, detracción, ni arrojadas ni aun hiperbólicas y encarecidas; porque todo esto decía que era dañoso, y quita el crédito para con las personas con quien tratamos, el cual es muy necesario para poderlos ayudar. y llevar a Dios; especialmente en el predicar, y en el definir y responder a dudas de cosas graves, decía que se debía usar de grandísimo recato, miramiento y consideración". (Historias de la Contrarreforma, BAC, Madrid, 1945, p. 416).

Por medio de las conversaciones espirituales y por su término ordinario: los ejercicios, fué conquistando Ignacio para el Señor, no sólo a sus propios compañeros de religión, sino a otros muchos, a quienes la Divina Gracia orientó en otras direcciones: la orden de los Franciscanos, de los Dominicos, de los Cartujos...; por el modestísimo medio de la conversación, pasó sembrando el bien en el corazón de cuantas personas trataban con él.

El apostoiado de la conversación fué en San Ignacio una actividad espontánea y a la vez reflexiva. Fué, sí, un desbordamiento natural de su plenitud espiritual interior; pero intervenido por su espíritu de reflexión. Tenía, por decirlo así, su teoría sobre la conversación espiritual como medio de apostoiado, cuyas líneas fundamentales es provechoso recordar.

Advierte San Ignacio que la conversación puede ser moralmente buena y puede ser mala; es como espada de dos filos que nos puede ayudar y nos puede matar. "Así como en conversar y tratar con muchas personas para la salud y provecho espiritual de las almas con el favor divino mucho se gana; por el contrario en la tal conversación, si no somos vigilantes y favorecidos del Señor Nuestro, se pierde mucho de nuestra parte, y a veces de todas" (Obras completas, BAC, p. 708).

El autor del Principio y fundamento, el hombre de la mayor gloria de Dios, establece decididamente el fin de la conversación, que es a la vez su norma fundamental, a saber: el servicio y gloria de Dios.

"Tendremos cuidado de guardar el corazón con mucha limpieza en el amor de Dios, de suerte que ninguna cosa amemos sino a El, y con sólo Dios deseemos conversar, y con el prójimo por amor de El y no por nuestros gustos y pasatiempos... No habiar sin necesidad, sino para edificación suya o de alguna persona, dejando aquellas cosas que no hacen al provecho del alma...". "...atender al fin del conversar que es edificar al con quien se conversa, lo que el poco o nimio conversar impide: por lo cual los extremos se deben evitar, procurando tener el medio". "Y vuestro hablar, pensar y conversar sea en El..." (S. Ignacio Obras c., BAC, pp. 576, 788, 768, 646).

En consecuencia exige una vigilancia constante y decisión en evitar fines o puestos al verdadero y conversaciones inútiles. A las personas que pretendiesen pasar el tiempo y hacernos perder el nuestro en conversaciones inútiles, aconseja el santo que se les hable del infierno..., para que o se aprovechen o nos dejen en paz. "Aunque en ocasiones hay que inclinarse a lo humano, condescendiendo con el natural de los hombres; sin embargo, para que las conversaciones no sean inútiles, hay que traerlos siempre a algo de edificación". "Todos tengan especial cuidado de guardar con mucha diligencia las puertas de sus sentidos, en especial los ojos, oídos y lengua, de todo desorden; y de mantenerse en la paz, y verdadera

humildad de su ánima, y dar de ella muestra en el silencio, cuando conviene guardarle, y cuando se ha de hablar, en la consideración y edificación de sus palabras..." (Ib., pp. 768, 428).

"Ninguno quiera ser tenido por decidor, ni se precie de pulido ni discreto ni bien hablado, mirando a Cristo que todo esto no tuvo en nada, y eligió ser humillado y menospreciado..." (Ib., p. 576).

La facilidad para introducir y mantener una conversación buena y apostólica no suele ser fruto espontáneo. Por esta razón San Ignacio exige talento o predisposición natural para conversar agradable y espiritualmente, especialmente en los aspirantes al sacerdocio; pero enseña que el talento natural sólo no basta. Se ha de desarrollar y pulir mediante la educación conveniente, siguiendo normas oportunas que abran el camino, "que ayuden y dispongan para el efecto que ha de hacer la gracia divina". "Sola la unción del Espíritu Santo... y la prudencia que Dios nuestro Señor comunica a los que en su divina Majestad confían" puede conducirnos a la perfección en esta materia. (Ib. p. 463).

Con fina sagacidad y prudencia cristiana traza las normas fundamentales en dicha formación. Recordémoslas en compendio.

Hablar poco, oír y observar mucho; observar la condición y reacciones de las personas y las diversas circunstancias, para mejor acomodarse a ellas y aprovecharlas, siempre en servicio de Dios.

Condescender con los interlocutores, con sus apreciaciones, sus gustos, sus intereses en todo lo posible; con lo cual quedarán más dispuestos para conceder a su vez lo necesario y conveniente.

Moderación en todo, evitando las extremosidades, los excesos de alegría y de tristeza, de optimismo y abatimiento, que suelen herir, si no es en casos extraordinarios.

Humildad, reconociendo nuestra propia limitación y peligro de equivocarnos, proponer simplemente y probar nuestras apreciaciones, sin convertirlas en juicios absolutos y definitivos.

Ecuanimidad, evitando, cuando las opiniones se dividen, el apasionamiento por alguna de ellas. Evitar la tentación de defender nuestro propio orgullo más o menos disimulado, cuando lo que hemos de procurar y defender es la verdad.

Amplitud de miras, comprensión y generosidad: saber estimar justamente las razones y las dificultades, las ven-

tajas y las desventajas de cada una de las soluciones propuestas o posibles; conceder gustosamente todo lo que haya de favorable a las soluciones que no compartimos.

Estas son las principales normas que da el Santo en diversas partes de sus obras, de las cuales reproduciremos en comprobación algunos pasajes especialmente significativos.

El Papa Paulo III había pedido a San Ignacio enviase a los padres Broet y Salmerón a Irlanda con una misión importante. San Ignacio, al enviarlos, les entregó una *instrucción escrita* de la cual tomamos algunas ideas que se refieren a nuestro tema.

"En el negociar con todos, y máxime con iguales o menores según dignidad, hablar poco y tarde, oír largo y con gusto, oyendo largo hasta que acaben de hablar lo que quieren, después respondiendo a las partes que fueren, dar fin, despidiéndose...; la despedida, presta y graciosa".

"Para conversar y venir en amor de algunos grandes o mayores, en mayor servicio de Dios Nuestro Señor, mirar primero de qué condición sea y haceros a ella...: tomar el modo de ellos con ellos, porque aquello es lo que les agrada; *me he hecho todo a todos*" (1 Cor. 9, 22).

"En todas conversaciones... para... mayor servicio de Dios... tengamos con otros la misma orden que el enemigo tiene con una buena ánima, él todo para el mal, nosotros todo para el bien, es a saber: el enemigo entra con el otro y sale consigo (se acomoda a la condición de los por él tentados, para lograr sus propios intentos); así nosotros podemos para el bien alabar o conformar con uno cerca alguna cosa particular buena, disimulando en las otras cosas que malas tiene, y ganando su amor hacemos nuestras cosas mejor..." (BAC, p. 679 s.).

San Ignacio dedicó *otra instrucción* semejante a los padres Láinez, Jayo y Fabro, al enviarlos como teólogos al

Concilio de Trento, a petición del mismo Paulo III.

"Sería —dice en ella— tardo en hablar, ayudándome en el oír, quieto para sentir y conocer los entendimientos, afectos y voluntades de los que hablan, para mejor responder o callar".

"...dar razones (las que en realidad tengan) a ambas partes (contendientes), por no se mostrar afectado con propio juicio, procurando no dejar descontento a ninguno (sin motivo)".

"...haciéndome con todos y no me apasionando con ninguno". "...dando allí su parecer con la mayor quietud y humildad posible, concluyendo *salvo otro parecer mejor*". (De la instrucción para la jornada de Trento; BAC, p. 708).

"Con ninguno se porfiará pertinazmente; mas con paciencia daremos razones con intención de declarar la verdad, y porque nuestro prójimo no quede en error, y no por llevar la (opinión) nuestra adelante". (Ib. p. 576).

"En el conversar, habernos modestamente, trabajando por no mostrarnos muy tristes y graves, ni muy alegres...; mas como dice el Apóstol, que vuestra modestia se manifieste a todos los hombres". (Ib. p. 577).

Es claro que de poco servirían todas las normas, si faltase el espíritu y fervor, ya que de la abundancia del corazón habla la boca" (Mt. 12, 34) y nadie puede dar lo que no tiene. Por esto San Ignacio quiere que cuantos se dedican al apostolado den mucha mayor importancia a los medios sobrenaturales, en los que ocupa el primer lugar la propia santificación, que a los naturales; quiere que comiencen por encender y mantener vivo en sus corazones *el fuego sagrado del fervor*, cuya llama se propagará espontáneamente con eficacia irreprimible que ningún arbitrio humano podrá suplir. (Obras c., BAC, p. 443).

Tal es el camino que siguió San Ignacio; por el cual nos invita a todos a caminar y adelantarnos cuanto podamos, a mayor gloria de Dios.

V. CANTERA, S. J.

